

La Primogenitura de Quito

En el Cuarto Centenario de la Fundación de la Ciudad.

Los últimos hoy, fuimos los primeros en el Continente del Sur.

Descubierto el Océano Pacífico, los conquistadores extremeños improvisaron para él otras carabelas de descubrimiento hacia el incógnito mediodía.

Y las primeras costas que aparecieron a satisfacer la impaciencia heroica de los advenedizos, fueron las ecuatoriales —las de Manabí, las de las islas, golfos y cabos del que más tarde se llamaría *El Quito*, desde el país de las Esmeraldas a Tumbes.

Partiendo del extremo austral de la tierra ecuatoriana, enderezó el paso de la acometida el testarudo e indomable Francisco Pizarro.

Llegó él a playas de Quito, cuando su Monarca nativo, Atahualpa —el Atabalipa de los cronistas de Indias, había vencido a su hermano Huáscar y consolidado su Imperio desde los remotos confines de Maule y el Tucumán, hasta el Mayo de los Quillasingas— antemural étnico de los Chibchas.

Vencido Atahualpa en una sorpresa, ocupada la cabecera del Reino —el Cuzco— un puñado de valerosos españoles hicieron suya la tierra. A los tesoros, esclava la gente y aliado suyo el po venir.

Alentó solamente la resistencia, en el Septentrión del Imperio, mantenida por lugartenientes del Inca infortunado y fueron los desesperados encuentros en las cordilleras ásperas, al margen de ríos de riberas co-

mo murallas, cuando rugían los volcanes y sus cenizas entenebrecían el ambiente, en una tragedia pavorosa del cielo y de la tierra.

Los tenaces extremeños, con Benalcázar, dispersaron los desarmados restos del ejército del Inca, y se iba haciendo la paz sepulcral, en la que se edificaría la nueva ciudad, al empuje y el brío de los improvisados dominadores.

Ciudades, que tales pudieran llamarse, no existían en el vasto Imperio Incaico de organización agraria, sino el Cuzco al Sur y Tomebamba al Norte.

Cuando el arribo de los conquistadores europeos, Tomebamba había dejado de ser, destruída, incendiada, muerta, por venganza de Atahuallpa, que la venció y castigó, por aliada de Huáscar—quizás el legítimo Soberano.

Los restos de la población habíanse puesto al servicio de los españoles, talvez por desquite con el tirano de la raza.

Pizarro, con la cooperación del socio Almagro, emprendió, astuta y valerosamente, la reducción del Imperio:

En imponderable esfuerzo y multiplicándose cada hombre como ciento, en el ataque y la febril actividad, se redujo a los naturales, lográndose desde luego la alianza de los sojuzgados cañares, cuyo justo rencor con Atahuallpa obró eficazmente en auxilio de los conquistadores castellanos.

La resistencia de los nativos, recia en el Norte, obligó a los de España, a apretar la campaña en el territorio de Cajamarca hacia el Norte, sobre todo desde el Chimborazo hasta los aledaños de Popayán.

Otro incidente determinó la concentración de fuerzas en el Septentrión: el anuncio del avance de expedicionarios, que desde la distante Guatemala, venían a disputar a los compromisarios Pizarro y Almagro, las tierras famosas del oro, que hubiese sobrado del rescate del Inca, al que no redimió ni el codiciado metal.

Al imperativo y urgencia del momento crítico obedeció la fundación de Quito, improvisada, a fin de ope-

ner con aquel acto de dominio, la seguridad de la posesión y la fianza de la justicia.

Así es como la primera Capital fundada en el Continente del Sur fue Quito, situada en el valle de Zicalpa —Cajabamba, y en seguida trasladada al Norte del territorio, al asiento incaico, promesa de plaza fuerte,—Quito— que debfa, por atisbo feliz del Conquistador, imprimir sello de nacionalidad en todo el territorio desde Tumbes hasta el Mayo, incluyendo los grupos tribales desde los Paltas y Chaparras, los Cañares y los Puruhaes, hasta los Caranquis, los Imbayas y los Quillasingas, extendiendo la circunscripción a los Huancauilcas, y los Caranquis costeros y Colorados de las riberas del Océano del Sur.

De esta suerte, Quito —por determinación no prejuzgada, por inspiración más bien, o por acaso feliz, fue constituida centro de mancomunidad, que, más bien que los aborígenes— la establecieron los conquistadores y colonizadores españoles: una predestinación insospechada, obra de cálculo del momento y estrategia defensiva de los nuevos señores del territorio.

Como Centro de importancia, a Tomebamba, la segunda, magnífica ciudad del Incario, correspondía la capitalidad, pues fácil era reconstruirla con los sillares indestructibles de sus ruinas y sobre la base de sus pobladores aliados de la conquista española.

Pero, había que respetar a los cañares, dejándoles en la pacífica y libre tenencia de su urbe y cabecera y de sus cacicazgos y *aillus* hereditarios. Pacífica aquella región, no exigía allí el establecimiento firme de un centro que fuese, no sólo cívico, sino también militar, para avance inmediato a las posesiones del Norte hacia los Pastos y el Popayán, que más tarde habían de incorporarse al adelantamiento de los Pizarros y sus lugartenientes.

El gran nudo del Azuay era por fin obstáculo para operaciones bélicas y de colonización. La geografía determina la fundación de colonias y centros demográficos: ella obedece a consideraciones de todo orden: de estrategia, de vitalidad, de expansión futura.

Así es como el ojo perspicaz del conquistador eligió para núcleo central Quito, consultando la situación, las distancias, la grosura del suelo, la benignidad del clima, las posibilidades de defensa contra los aguerridos naturales y la previsión del avance oriental hacia el Dorado tentador.

* * *

En la inspección comparada de localidades aptas para centrales urbanas, en los Andes, prevalecen las de Colombia y el Ecuador, sobre las de los otros países andinos.

Según la visión cabal del Libertador Bolívar, pocos sitios podrán disputar la belleza, la comodidad y demás condiciones de potencialidad y de vida, que los valles de Quito. En el Ecuador, no se hallará ciertamente un tan vasto y hermoso sitio como el valle de Cuenca —esa otra Cachemira— paraíso del globo. También la extensión y fertilidad de la Sabana de Bogotá atrae al viajero, que la prefiere sobre muchas otras llanuras americanas.

El ponderado edén de Jauja y de otras secciones de serranía peruana en el Apurímac y en el Cochabamba de Charcas, no resisten la comparación con los amplios, risueños y fértiles valles ecuatoriales, desde el maravilloso asiento de Tomebamba —Cuenca— hasta los de Liribamba —hoy Riobamba— Lactacunga, Machachi, Chillogallo, Chillo, Iñaquito, Cotacallao, Tumbaco, Guailabamba, Cayambe, Otavalo, Ibarra.

Error, previsión de milicia o quizás seguridad del aprovechamiento del agua que, en cascada, se precipita sobre un flanco de la montaña, al pie de la cual se recuesta hoy la ciudad de Quito, influyeron en que se la fundase en el sitio actual, roto y quebrado, con surcos profundos aluviales, al margen de un volcán, cuyas actividades han estremecido a los espantados pobladores, cortado además el plano hacia el mediodía por un montículo, si hermoso por la originalidad, no acomodado a la extensión y facilidades de la habitación, montículo que cierra y clausura la urbe, y en cier-

to modo la deforma. Quizás cuando el *Panecillo* se cubra de jardines y viviendas de recreo, la estética de artificio corrija los caprichos de la Naturaleza.

Otro inconveniente es la profundidad del cauce del único río que orilla la ciudad —el Machángara— río para desagüe y cloaca, sin que sus aguas sirvan sino a medias para otros menesteres.

Pudo asentarse Quito en Chillo, en el inmenso valle de clima dulce y tibio, con aguas potables y de regadío en abundancia y un panorama de los más encantadores, desde las arboledas, sembrados y praderas, hasta las altas y nevadas cumbres, todo en perenne estación primaveral. También la ciudad habría tenido sitio apropiado desde el Ejido norte hacia Pomasqui, con facilidades de edificación y amplitud para grandes avenidas, florestas, huertas y suburbios. Hacia esa zona la futura Quito va extendiendo hoy sus tentáculos, rectificando ya las equivocaciones de los antepasados y con la afluencia de numerosa inmigración procedente de las provincias cercanas.

* * *

Mas, en el terreno desigual, resquebrajado por corrientes de las aguas o por las lavas volcánicas, al arribo de collados, en la falda del monte Pichincha y encima de abras y despeñaderos, modificando con enorme trabajo y gasto enorme, las asperezas del suelo, en lucha con las fuerzas naturales, se ha logrado edificar una de las capitales más pintorescas y originales del mundo. Las quebradas que le atraviesan de Occidente a Oriente, han exigido las más atrevidas cimentaciones, la superposición de arcadas y muros de contención de ingente valor, y puentes y socavones, rellenos y graderías, acueductos y viaductos, catacumbas y emplazamientos sobre columnas y mampostería; todo ello en profusión casi inverosímil.

Lo que, por los diversos planos de la edificación, la presenta en forma peculiar, pintoresca, única. Asoma un ciprés o un nogal sobre un tejado, un balcón o una celosía coinciden con un sótano, las hoyas pro-

fundas de las quebradas se han modificado a recibir la alfombra florida; las colinas que rodean la ciudad se cubren de casas de inquilinato o de graciosas mansiones semi campestres, los hornos de ladrillos humean en las casas en construcción. El suelo mismo proporciona para ellas las materias primas: la arcilla, la arena.

Y el humus y el subsuelo ricos se visten de yerba y flor, de arbustos, de ligustro japones, de opacas coníferas, de plátanos de Grecia, de claras acacias, de rosaledas, de árboles frutales arrimados al calor de los muros, de palmeras exóticas que enhiestan sus pencas semiartificiales sobre la alfombra de los helechos y las violetas. El arte ha logrado aún más que la naturaleza,

La visión de un turista que entiende el arte y lo siente, apreciará estas originalidades, tan raras en estos tiempos en que predomina la fea geometría, la cansada línea recta, los cuadrados sin variedad atrayente, la numeración prosaica de las vías, la uniformidad de las construcciones y el menosprecio de la vieja estética,— la de nuestros antepasados, que la mantuvieron por espíritu de raza y afinación del gusto, no estragado por mal comprendidas extravagancias de pedantería.

* * *

En este suelo volcánico, conmovido por el terremoto, se hizo desde su fundación la traza de una ciudad con intento grandioso y monumental, desde los cimientos, en parte ciclópeos y utilizando en la construcción las grandes canteras de las pendientes del Pichincha, canteras grises o brunas de hermoso aspecto y aptitud para el ensamble y el bruñido.

Por anticipación no premeditada, la mayor parte de la fabricación fue dedicada al culto, a los templos, a los monasterios, con vastas dependencias recoletas.

Al centro, con dirección de un lego flamenco Fray Jodoco Ricke, se inició la gigantesca iglesia, claustros y capillas del Convento de San Francisco, utilizando la habilidad de los indios, peritos en labrar los bloques para los palacios del Inca y los templos del Sol,

Luego se levantarían, en extensos emplazamientos, otros templos y logias claustrales de piedra y de concreto: Nuestra Señora de la Merced, la Compañía, San Agustín, Santo Domingo y los Monasterios con claustro anexo de los Cármenes, de Santa Clara, de Santa Catalina, el Santuario de Guadalupe en Guápulo....

Después de México, más que Lima y sobre Puebla, en la América del Sur se edificaba un remedo de la Roma Papal, una ciudad conventual más rica en ejemplares arquitectónicos que Avila de los Caballeros o la Capital Burgalesa.

También se proyectó y ejecutó pacientemente la Catedral, inferior a la mayor parte de los templos monásticos, pero amplia, levantada sobre alta terraza de cantería, catedral sobriamente elegante, de sencilla estructura, con hermosa cúpula y con el apéndice de la Capilla del Sagrario, delicadamente exornada.

Buena parte del plano primitivo de Quito ocupaban las moradas conventuales y las construcciones eclesiásticas. Los edificios civiles no tenían mayor importancia: ni la casa del Ayuntamiento, ni el Hospital Real, ni el Palacio de la Audiencia.



Había de suponerse que en tal recinto, austero por la dedicación de sus edificios principalmente a Casas de Dios, retiro de arrepentidos y alivio de pobres y enfermos, habría de predominar el silencio penitencial y la eriedad ascética.

No así: en torno a los muros monacales, discurría una plebe bulliciosa, con la alegría atrayente de damas galanes, y el vocerío y gracejo de maleantes y maliciosos, de pilluelos y de mozas del partido. Todo ello en perjuicio de la devoción, entrañada en justos y peadores, hasta orillar lo que más adelante se llamaría —con poca lógica— superstición o fanatismo.

En torno a los Conventos, bullía la ola popular y acábase el progreso, el fundamental; el que debía constituir depósito de la cultura venidera, en riqueza, en arte, en conocimientos útiles.

No sólo se erigieron las colosales mansiones religiosas, herencia destinada a la posteridad, sino universidades, colegios, escuelas, hospederías, casas de refugio, hospicios y enfermerías.

Y los templos y los claustros se aderezaron con primores de arte, con derroche de oro y pedrería, en retablos, joyas, telas y brocados. Muros, lienzos y cielos rasos se vistieron de oro, sobre tablas y piedras primorosamente labradas, según el barroco de uso corriente, con finura plateresca y maravillosos dibujos simbólicos.

Las artes bellas debían prosperar en servicio de estas grandes empresas religiosas. Por ello, la pintura cobró gran esplendor, hasta constituir Quito escuela y centro de maestros pintores, en servicio de la imagen cultural en casi toda la América del Sur. Quito, la debía inundar de obras del pincel y sobresalir con artistas como Miguel de Santiago, Goríbar, y muchos otros y tantos anónimos admirables; por la especialidad del colorido, vivo y diáfano, como la luz ecuatorial.

Los frailes habrían de realizar también una obra máxima —la de las Misiones Orientales en las que tomarían delantera los Padres Jesuitas, quienes tanto o más que en su iglesia, universidad y colegio magníficos de Quito, emplearían haberes y rentas en las Misiones del Amazonas— el llamado Marañón español.

El gran río fue descubierto, en avanzada desde Quito, por vecinos de ella; y desde el descubrimiento de Gonzalo Pizarro, Piñeda y Orellana, el Mar dulce del trópico a cargo estuvo de Quito, que lo atendió con apóstoles, dineros y gente de armas, bagajes y vituallas.

Quito debía, de esta suerte, desde su posición céntrica en el Mundo y en el Continente, colocarse en la cumbre de irradiación del progreso, extenderlo hacia el Pacífico por las costas del Guayas, Manabí, Esmeraldas y el Chocó, y por el Oriente en navegación del Putumayo, el Napo y los ríos de arriba, a dominar el Amazonas hispánico, que los conquistadores españoles de Quito entregaron a la Geografía Universal, con sacrificio de vidas y teneres y con la hecatombe de indí-

genas de la altiplanicie que señalaron la ruta oriental con un hacinamiento de muertos: los mártires desconocidos de la civilización.

Esta providencia correspondió a nuestra capital, hija primogénita de los españoles en la América del Sur, puerta del Dorado Oriental, Atalaya del Pacífico y Señora de los Andes, Amada del Sol, cuyos rayos verticales la coronan de lumbre y la ciñen de flores, reflejando aquella en la bandera del iris y en el hechizo del semblante femenino.

* * *

Y ¡cómo esta urbe tan curiosa en su primitivo aspecto se ha transformado de cincuenta años acá! A quien la conoció, allá, en 1883, la ciudad actual le parecerá improvisación, en gran parte de un decorado como de teatro. ¡Tanto ha cambiado, desde el paisaje circundante hasta el centro urbanizado!

Los monasterios y los templos se conservan intactos con la seductora pátina que ha acendrado el oro de los decorados y persiste en el encanto que el tiempo añade a los cuadros, las esculturas y decoraciones cubiertas con el velo mágico de lo retrospectivo.

Los santuarios son como museos de arte antiguo y moderno. Esos primores los han guardado los monjes, para tesoro actual de la República. Los mismos bienes incautados a los monasterios, son riqueza que hoy se estima nacional, en servicio de menesteres de beneficencia. Los frailes han conservado la flor de la riqueza para una posteridad, que al quitarle su dominio, no siquiera agradece al desposeído. Dueño el Estado de aquellos bienes desde la fundación de la República, los habría disipado ya; y hoy mismo ello se intenta, después de algunos actos de despilfarro.

* * *

Há cincuenta años, la Capital no era ni la cuarta parte de lo que hoy representa, extendida hacia el

Norte, en las faldas del Yavirac Oriental, en las del Pichincha, en las quebradas de Chimbacalle, en las llanuras de la Magdalena, en las graderías del Panecillo.

Y la súbita aparición del arbolado. De cincuenta años atrás, no aparecían sino escasas líneas de gomeros de Australia (eucaliptus) en los alrededores. En la ciudad, en los huertos, morían de frío algunos árboles de calor y escasas flores. Las primeras violetas no envidiaban a las rosas y claveles, casi extranjeros en la altiplanicie. Unos pocos arrayanes, cedros y nogales autóctonos (*toctes*) daban la nota opaca detrás del lienzo blanco de las murallas y los ventanales. No muy lejos, la festuca silvestre lloraba al pasar del viento. Sólo alegraban patios y balcones geranios multicolores — flor de Quito, por cariñosa aclimatación — la que presidió en los jardines coloniales, junto a los lirios y azucenas, recatados a la sombra de una pared o en el ángulo de un claustro.

Hoy, la fresca encantadora Capital del Ecuador, se viste, en los suburbios, en los parques, en las alamedas, en los huertos, de perpetuo verdor, y las rosaledas revientan en capullos profusamente, para ramilletes de bodas, coronas funerales y ofrendas de culto religioso. Al amor del sol meridiano, la rosa despliega pródigamente las corolas de todo matiz y los claveles rojos, en penachos, cubren los bancales, junto a las fucsias criollas y al romero silvestre.

La lluvia oportuna nunca escasea; el calor tibio, la sanidad de la tierra, la caricia de brisas de salud dan vida, alimento y belleza a las flores. Ellas son amadas con predilección por campesinos y ciudadanos, que antes apenas las creían suyas, por inclemencia del aire y del hielo, que ahora han desaparecido como al conjuro de una hada bienhechora.

Y el bosque, poblando colinas y declives, antes tapizados de grama o paja brava, han transformado el paisaje con millares de gomeros — el árbol milagroso, sin el que las altiplanicies no habrían logrado, sino tardía la edificación y obtenido una calefacción conveniente, hasta que la vialidad le proporcionase el contingente de

las florestas lejanas.

En esta risueña clausura, hasta que la visitaran el ferrocarril, el automóvil y el avión, vivió siglos la famosa Quito —la de Almagro y Benalcázar— pertenencia de Gonzalo Pizarro, hija mimada de la Iglesia y encariñada con la libertad.

Y su fisonomía moral fue y es aún como el de su paisaje: risueño con la alegría del sol y austero con la aspereza gigante de la montaña.

La educación claustral, la sumisión de los nativos sin violencia ni presión que los degradase, la convivencia fraternal sin rencillas familiares ni rivalidades de casta, hicieron de Quito una de las comarcas escogidas para la residencia de españoles. Así lo observó un noble jesuita que la visitó—el Padre Pignatelli.

Agregábase, para comodidad y regalo, la abundancia de la tierra circundante, rica en frutos de todas las zonas, productora desde el capulí y el mortiño de las altas cumbres hasta el jugoso anonás y la naranja, la uva, la manzana y el melocotón de Castilla. Las cercanas nieves proporcionaban el refresco abundante con zumos varios y deliciosos; el maíz se multiplicaba para colmar las mesas en mil apetitosas transformaciones; el trigo que trajo Fray Jodoco habíase propagado ennobleciéndose la alimentación con la prodigalidad de Europa; la miel y el licor se extraían con profusión de la caña dulce. De no muy lejos venía el teobrona succulento a mezclarse con el bizcocho y la crema en la jícara colmada de los abuelos engolosinados con tan diversos manjares.

«Tierra de gordura, de trespas, paraíso de los ganados, exuberante en esquilmos y granjerías, los indios, adiestrados en la labor agrícola, la utilizaban en bien suyo propio y de los granjeros paternos y diligentes.

* * *

En región de esta manera abundosa y bella, se desarrolló la simiente española, en mestizaje con el aborigen, produciéndose una gente que hasta hoy no ha

perdido las notas características de fe y adherencia a lo sobrenatural, de nerviosa excitación, extremada a veces en el delirio del valor, de inclinación irresistible a la diversión y al alegre vivir, apta y pronta para el ejercicio de artes bellas y útiles.

Nunca, a pesar de múltiples concesiones al instinto, merced a índole invariable, la Religión ha dejado de inflamar el entusiasmo y encender la devoción. Ejemplos de santidad y heroísmo de la conducta no faltaron en este país; y las caídas y las intemperancias de la vida sexual se repararon casi siempre con la penitencia, francamente abnegada.

En la vida política, el pueblo ha formado ambiente de arrogancia, ha demandado al Poder y lo ha residenciado. Los magnates y nobles de la Colonia participaron de la condición igualitaria de la población. Así es cómo, producido el primer intento de emancipación, ellos lo presidieron, incorporados al sentir popular, en una anticipación de democracia.

Era el pueblo de criollos, de españoles buenos vecinos, y de naturales que lidiaron con y en pro de Gonzalo Pizarro —el primer libertador de la tierra—, los que hicieron la revolución de las alcabalas, los colegas de Diego de Arcos, los que encendieron sangre patriota, para oprobriar al Presidente Ruiz de Castilla, los que la derramaron en la matanza del dos de Agosto.

Quito, por motivos geográficos, étnicos y culturales, desde que tuvo nombre y vida, ha sido centro de la nacionalidad. Ello, por el sacrificio de Atahuallpa y la resistencia de sus caudillos militares, élla, por tradicional intento liberador de la Metrópoli Española, élla por la proclamación de la Independencia, antes que los Virreinos y las Capitanías Generales; élla por su declaración de 1812, y su campaña sangrienta al mando de Montúfar y Francisco Calderón; élla por el triunfo de Pichincha —sacra montaña que fue altar de la Patria llamada Ecuatoriana; élla la que constituyó primeramente la segunda emancipación de 1830; y después en hechos de increíble heroicidad, en tragedias y duelos, embestidas y resistencias, ha mantenido casi siempre la rigi-

dez de la viudicta tanto como el honor de la bandera. Pueblo que sabe castigar, que alegremente se entrega a morir por un ideal común, entrañado en lo más hondo de su sér—ideal de Dios, Patria y Libertad.

Sus padres de 1809 lo dijeron: Seamos libres bajo el pendón de la Cruz; y alguien llamó a Quito "Luz de América", porque en Quito despuntó el alba de la emancipación con caracteres de trascendencia y universalidad.

Quito ha sido, en cierto modo, protagonista en dramas y espectáculos de la historia nacional, en veces con delirante patriotismo, en otras con fiero rencor de irresponsabilidad colectiva. Ayer no más, una ola de valentía heroica pasó sobre Quito en campaña de cuatro días, en la que un pueblo fuerte y tenaz peleó sin Jefe, con enemigos interiores y exteriores, rindiéndose al cabo, no a la fuerza, sino por intriga de menguada falsía.

Quito, de tan limpios y heráldicos orígenes, pudo y debió lograr su capitalidad sobre todo el territorio de su dominio y sus naturales prolongaciones.

A manera de fortaleza histórica, lucha aún por recoger parte siquiera de su integridad, arrebatada, retenida por malicia de poco escrupulosos hermanos de vecindad. Correspondía a élla un territorio digno de su origen y en satisfacción a su derecho. Pero, la historia da ingratas sorpresas, y la justicia internacional es más que un juego de azar.....

Los ecuatorianos nos agrupamos a celebrar el cuarto centenario de la fundación de la Capital, cabeza histórica y geográfica del Viejo Reino de Quito, de la Presidencia de Quito, de la Audiencia de Quito: célula de nuestra nacionalidad, por obra de la conquista española —de la que somos herederos a título universal.

Quito, por arte y letras, por la deliciosa sal andaluza que fluye de labios de sus moradores, por la hermosura y gracia de sus mujeres, que sedujeron a los más encumbrados libertadores, por el espíritu y ce-

lo de libertad que inflama a la ciudadanía —merece ser estudiada, tanto como debe ser querida por los hijos todos de la Patria.

Prosperere Quito y crezca, duplique las aguas para su sed y la fecundidad del terruño, para alimentación de felices multitudes; y presida nuestros destinos, con discreta providencia, haciendo la dicha y bienestar de la hermandad nacional.

REMIGIO CRESPO TORAL.

Cuenca, a 26 de Agosto de 1934.